

te, sobreponiéndose al miedo inmenso que les invade, penetran en la selva buscando a la Riviere, al que encuentran livido y tembloroso. Tartamudeando, el viejo despavorido, cuenta que ha visto al Maligno, bajo la forma de un leopardo. A la mañana siguiente el hechicero huye del castillo. El primer paso hacia el satanismo ya está dado.

Ante otras pruebas de demonismo, todas seguidas de fracasos, Gil se desalienta; mas llega Eustaquio Blanchet, acompañado de un célebre mago florentino, Francisco Prelatti, joven presbítero de veinticinco años, discípulo de Juan de Fontenelle y que tiene firmado un pacto con un diablo cuyo nombre es Barron.

Tras varios desastres en los experimentos llevados a cabo, cierto día Prelatti mantiene un duelo contra el diablo en persona, mientras permanece encerrado en uno de los laboratorios. Cuando Gil, a pesar de su miedo, intenta penetrar, para ayudar a su amigo, sale Prelatti abatido y ensangrentado; son tales los golpes que ha recibido, que una vez encamado, comienza un furioso delirio febril; ante el temor de que muera, Gil le hace confesar y le cuida personalmente como a un hermano, hasta que se restablece por completo.

Para obtener el triunfo, no había más remedio que Gil cediese su alma al Príncipe de las Tinieblas o bien que cometiese crímenes. Ya que la alquimia resultaba impotente, se recurriría a Satán.

Lo primero fué totalmente rechazado por de Rais; lo segundo... lo segundo, habría que pensarlo. Enajenar su alma, era para él algo espantoso; matar a otros... no lo era tanto. Y nuestro caballero, quizás inconscientemente, ha ido preparando el terreno fértil, para recibir la semilla de las aberraciones sexuales más horribles que registra la historia.

Apagáronse los fuegos de las hornillas, se abandonaron los instrumentos y aparatos de alquimia, y todo ello fué substituído por excesivas comilonas y libaciones, que sirvieron de abono para el espectáculo que se avecinaba.

Por otra parte, en el castillo, desde que comenzaron las prácticas demoniacas, las mujeres se habían alejado de sus muros. Su ausencia, y la pertinacia de la misma, fueron causa, juntamente con los excesos practicados en su época de guerrero, de que Gil llegase a aborrecer al sexo femenino y se entregase al homosexualismo.

Sintiendo ya dentro de él el ansia del crimen, o, quizá presintiendo lo que va a suceder, hace jurar a sus amigos, ante el Evangelio, que no revelarán nada de lo que suceda en el castillo.

Y no tarda mucho en encabezar la lista de sus víctimas. Es un pobre niño, un muchachito de nombre ignorado. Lo degüella, le corta las manos, le saca los ojos y le arranca el corazón; con sus manos ensangrentadas lleva este montón de carne palpitante todavía, a la habitación de Prelatti, y ambos, en apasionadas súplicas, hacen ofrenda al Fundador de la Orden de la Mosca, que no se da por llamado. Las visceras se enterraron junto a una capilla dedicada a San Vicente y su sangre la guardó Gil para escribir sus invocaciones.

A continuación comienza la *época espantosa* de ese monstruo. Son ocho años, tan solo, pero son ocho años de horror y de lujuria infernal. ¿Cuántos crímenes se cometieron en estos ocho años?

No podríamos responder dando cifras seguras. En los atestados de la época se cuentan de *setecientos* a *ochocientos*, pero con toda seguridad que fueron muchos más. Regiones enteras quedaron despobladas de gente joven. En el castillo de Champtocé todo el fondo de una torre estaba lleno de cadáveres. En el mismo castillo se encontró una pipa llena de niños muertos. A principios de nuestro siglo, un médico encontró en Tiffauges una mazmorra de la que extrajo montones de cráneos y de huesos sueltos.

Gil de Rais se proveía de niños por todos los medios y métodos. Al principio sólo eran raptados los pastorcillos, las niñas, al salir de la escuela, o los pequeños que jugaban sin ser vigilados; el pueblo comenzaba a achacar las desapariciones a hadas y genios maléficos.

Pero daba la coincidencia de que las desapariciones sólo se verificaban en los lugares donde permanecía Gil de Rais; de este modo los raptos iban de Tiffauges a Champtocé, de ahí al castillo de La Suze o bien a Nantes. Allí donde iba el mariscal o donde era visto uno de sus amigos, Prelatti, Gil de Sillé, siempre enmascarado, o bien Bricqueville, los muchachos eran escamoteados.

Un nuevo satélite acompañaba a Gil: Perrina Martín, una vieja vestida de gris, de hablar tan seductor y de rostro tan bondadoso, que los niños se confiaban a ella siguiéndola hasta lugares donde sicarios del criminal barón los enfardaban en sendos sacos. Los infernales emisarios, a las órdenes de Bricqueville, que actuaba de montero mayor en esa caza de niños, se esparcían por aldeas, pueblos y pequeñas villas.

El mismo Gil de Rais actuaba, raptando a los pequeños pordioseros cuyo rostro le era agradable y que acudían a su castillo en demanda de limosna.

Una vez en su poder, los infelices eran arrojados a una mazmorra en espera de satisfacer los obscenos apetitos del noble barón Gil de Rais.

Te hago gracia, lector, de describirte los crímenes que se cometían con esos infelices niños. En la escala del crimen, Gil de Rais llegó donde no ha llegado nadie, ni probablemente nadie llegará.

Del insulto vil, obsceno y repugnante, pasa insensiblemente al sadismo mayor, cortando, desmembrando y desgarrando inocentes carnes. La inquisición y los tormentos chinos jamás pudieron pensar suplicios tales.

(continua en la pág. 31)

HIGIA

25

